Compre usted todas las semanas

LAS OCURRENCIAS

El periódico más interesante y popular.

10 CÉNTIMOS

ENFERMEDADES DE LA VEJIGA

VESICALINA

Es la **Vesicalina** una preparación magistral, específica en el tratamiento de la cistitis, por sus condiciones antisépticas, anestésicas, emostáticas y diuréticas.

La curación es rapidísima y segura en todos aquellos casos en que se trate de infecciones de la vejiga, uréteres y pelvis renal.

Evita en absoluto los sondajes frecuentes y regulares, ahorrándose el enfermo incalculables dolores y molestias.

Recomendamos á todo enfermo de la vejiga, que antes de hacer uso de otros similares, pruebe con un frasco pequeño de **Vesicalina** y se convencerá de la eficacia del medicamento.

Precios de los frascos, tamaño grande, 10 pesetas; ídem pequeño, 5.

Depositarios: Sres. Pérez, Martín y C.ª, Alcalá, 9, y de venta en toda buena farmacia.



GRATIS

—

La felicidad por medio del MAGNETISMO y OCULTISMO la mandaré al que envíe un sello de 0,15 á D. Francisco G. Purtal. Mataró. (Barcelona.)

Mundo Galante

REVISTA POPULAR DE ARTE

Oficinas: PIZARRO, 12.—Apartado 555.—Madrid.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España	Trimestre	1,50 pesetas.
	Semestre	2,75 »
	Año	5 »
Extranjero, año		8 francos.

NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTIMOS

MISTERIOS Y SECRETOS

del lecho conyugal.—*(Sólo para hombres y casadas.)* Dos tomos, con grabados, **tres pesetas.** Por 3,50 en Letra, Giro ó sellos, se remiten á provincias en paquete certificado.

Los pedidos, con su importe, **únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, cuarto derecha. Madrid.**—(Exportación, por mayor, de revistas y periódicos á España y Extranjero.)

Establecimiento tipográfico de GACETA ADMINISTRATIVA, Leganitos, 54.—MADRID



ESCLAVA EN VENTA.—Cuadro de Jiménez Aranda.

(Fot. Lacoste.)

N.º 5. REVISTA POPULAR DE ARTE **10 cénts.**



CORREO DEL AMOR

MEFISTO.—Las mujeres son francas, brutalmente francas, cuando quieren de veras. A usted le corresponde ahora suavizar asperezas y hacerle comprender con mucha discreción que está equivocada.

LUISITA (Algeciras).—La naturaleza humana tiene rarezas extraordinarias. Un temperamento muy ardiente, poseído de loca ilusión, puede mostrarse frío cuando menos falta hace. Procure usted calmarle y que olvide pronto ese mal trance.

GALLO INGLÉS (Madrid).—Amigo mío, es usted demasiado soberbio. Su carta refleja su carácter; hasta el pseudónimo que ha elegido. ¿Quiere usted que ella se declare? La mujer insinúa el amor, pero no comienza jamás la conversación.

P. R. (Zaragoza).—Esa señora abandona á su marido y á sus hijos, y luego vuelve aquí con ellos. Yo no puedo tomar informes; esa no es mi misión; sólo se me ocurre preguntarle: ¿Cuánto le cuestan á usted todos esos viajes? Regístrese bien los bolsillos...

JOSELITO (Teruel).—No contesto á una consulta tan indecente. Esta es una sección seria.

JUANITA LA LARGA (Madrid).—Demuestra usted un espíritu muy cultivado. Una mujer independiente no debe casarse con un hombre á quien no quiere. Piénselo usted bien, pues, desgraciadamente, en nuestro país el matrimonio es indisoluble.

MELINDROSA (Barcelona).—Como ignoro los medios con que usted cuenta, no puedo responderle bien. Obséquiele con una cartera ó una petaca.

PEDRO (Ronda).—¿Por qué ha de ser hipócrita? Un beso de pasión puede hacer que se desmaye una señorita. Depende mucho de la virginidad de su alma.

¡POBRE CARIÑO MÍO! (San Sebastián).—Eso ya es locura; recordar, es envejecer. La vida ofrece otras compensaciones, y el tiempo es el gran médico de las almas. Puesto que es usted rico, haga un largo viaje; acaso le consuele la rápida visión de otros países y otras costumbres.

J. G. M. (Bilbao).—Creo lo contrario; no es un mal síntoma. Le recuerdo lo que dice un gran dramaturgo: «Los amores son como los niños recién nacidos: hasta que no lloran no se sabe si viven.»

JOSÉ LUIS (Sevilla).—Escríbala usted pidiéndola perdón.

BILITIS.



Año I. - Número 5.
Madrid, 6 Junio 1912.

Oficinas: Pizarro, 12.
Apartado 555.

BUENO ESTÁ LO BUENO

PARECE ser que por las autoridades se ha iniciado una campaña contra ciertos semanarios que se exceden, tanto en la parte literaria como en la gráfica, de lo que hemos convenido en calificar de *sicalipsis*.

Y hay razón para ello. Porque el afán del chiste, la *captura* del colmo y la nota picaresca han venido á caer en la más grosera chocarrería, en la más repugnante suciedad.

Como la cortedad de vista de algunos pudiera clasificar á MUNDO GALANTE entre los semanarios *sicalípticos* del montón, debemos hacer constar que no hemos descendido, ni descenderemos jamás á la letrina de la porquería ni al sótano del mal gusto. Ya lo han visto nuestros lectores por los números publicados. Desde Quevedo á Bartrina, de Rodríguez Chaves á Luis Falcato, de Cátulo Mendes á Miguel Províns; la literatura que nosotros venimos publicando está consagrada por la crítica y el arte. En la parte gráfica, retratos de las más notables artistas que públicamente se exhiben en los escenarios, con sus propios trajes y actitudes; cuadros celebrados en los grandes museos y en públicas Exposiciones, nacionales y extranjeros, y composiciones fotográficas hechas por verdaderos artistas para el estudio de la belleza femenina, son las notas que han dominado y seguirán dominando en esta modesta *Revista popular de Arte*.

Hemos de añadir también que, si bien es verdad, hay periódicos que extreman la nota picaresca, la tartufería andante y moliente, que cubriría gustosa con una tupida manta la incomparable desnudez de la Venus de Milo, se excede á su vez en su afán de perseguir lo imperseguible, ya que la estrechez de sus miras y la obscuridad de su punto de vista le impiden distinguir lo correcto y lo artístico de lo puerco y antiestético. Mantengámonos, pues, todos en el justo medio, que es el mejor modo de sostener el equilibrio de la vida, si es que queremos vivirla.

Y para terminar, repetimos ahora lo que dijimos en nuestro editorial del primer número: *No aspiramos á una estimación depravada. La vida es de suyo demasiado triste, y, como los buenos alimentos, necesita un poco de sal y de pimienta; un algo de alegría sana. Esto*, lector, *queremos servirte sin caer nunca en lo bajo ruin y grosero.* Porque *como dijo Mateo Alemán: «En las mesas espléndidas, manjares ha de haber de todos los gustos; vinos blandos y suaves que, alegrando, ayuden la digestión, y músicas que entretengan.»*

Bueno está lo bueno.

EL JUGUETE

EN el fondo de una de las más retiradas provincias, una mujer del gran mundo vive escondida, ó para hablar con exactitud, se ha enterrado viva.

La condesa Elena, que así se llama la que de tal modo se ha apartado del mundo y se ha metido en aquel lejano é ignorado rincón, invadida por el imperioso deseo de llorar al hombre que amaba, y que ya no existe, es una criatura encantadora: tiene apenas veinticinco años, es rica y es hermosa.

Este aislamiento puede parecer inverosímil á los que no han conocido el amor profundo que la muerte ha procurado en vano destruir; mas para los amigos, cuyos recuerdos no se han borrado, ese alejamiento, ese abandono del mundo son perfectamente naturales.

La joven viuda no volverá á casarse.

El conde era su alegría y su orgullo, y ella era encanto, alegría y orgullo de él, por su rostro gracioso y picaresco, su cuerpo escultural y elegantísimo, su charla dulce, risueña y enloquecedora, su rubia cabellera retorcida en bucles y tirabuzones de oro, y sus hermosos ojos azules resplandecientes como dos zafiros.

Elena y su marido se amaban con uno de esos amores en plena florescencia, que por sí solos valen la pena de que las lilas broten en sus tallos y de que el sol brille para



EL VIEJO «AMATEUR» DE CUADROS Á SU CRIADA.—*No; no descuelgues ese cuadro... Es el otro... ¡Más arriba! ¡Más arriba!*

festejarlos con sus más vivos y alegres esplendores.

La condesa ha querido que todo no muriera cuando la amorosa sonrisa de su marido quedó helada en sus labios al sentir el frío beso de la muerte. Y no pudiendo conservar el alma—el relámpago azul—, la joven viuda hizo construir para ella un maniquí, un hombre de cera, que fuese imagen fiel del cuerpo reclamado por la tierra.

Elena, en su retiro, no ha querido ver á nadie ni tratarse con nadie, y su único deseo es vivir consagrada á él, nada más que á él, al muerto amado y á su parecida representación.

Las criadas no conocen el secreto de su señora. Nadie tiene derecho á penetrar en el santuario donde el hombre de cera aguarda eternamente las citas de amor.

Cuando llegan las sombras de la noche esparciendo por todas partes misterio y silencio, la joven viuda se dirige á sus habitaciones, y casi siempre dice á su doncella:

—Retírate, Julia... Yo me desnudaré.

La criada se retira.

Elena, al quedar sola, sacude la cabeza para despertar del pesado letargo en que vive, y se estremece ante el recuerdo de las esperanzas arrebatadas, de las dichas desaparecidas. Sus ojos, que el pesar ha dejado como esas pequeñas lagunas dormidas á la sombra de las selvas bajo los pálidos rayos de la luna, recobran su viveza y brillan y centellean... Parece que una llama que se extingue es de pronto reanimada y abrasa su cuerpo, inflamando su sangre, repartiendo el fuego por sus venas.

Elena se aproxima á un gabinete que está en su tocador... Es el cuarto del hombre de cera, y ella sola tiene la llave. Allí está su adorado esposo, vestido con los mismos trajes que solía usar.

El parecido es asombroso. Es él... el conde, siempre alegre, siempre sonriente.

Elena le saluda con su sonrisa de mujer enamorada, le enlaza entre sus brazos, murmura á su oído palabras ardientes y le conduce al lado del fuego, porque el maniquí obedece á la más ligera presión.

—¡Mi bien adorado!.. ¡Querido mío!.. Me esperabas, ¿verdad?.. ¿Me encuentras linda hoy?...

El maniquí es una maravilla artística: no es uno de esos personajes rígidos que se ven en los museos, sino un ser con ojos que brillan, cabeza que se mueve, brazos que se tienden. Es hermoso, grande, soberbio. La condesa le hace sentar cerca de ella, y en tanto que una lámpara de cristal de Bohemia echa un polvo de oro sobre los mil *bibelots* riquísimos hacinados aquí y allí, Elena retuerce hacia arriba los bigotes caídos del hombre de cera, acaricia sus cabellos y los arregla y coloca á su gusto. Después cuenta al autómata sus historias de chicuela, hace proyectos de viajes, habla de sus noches voluptuosas, de aquella sociedad á la que van á volver, porque ya los vientos del invierno entran con furia en los castañares, produciendo á su paso ruidos estridentes.

Y, coqueta, toma posturas lascivas para encantar, cuando despierte, á su dormido esposo. Luego deposita en su boca un beso empapado en lágrimas de alegría, y le pregunta con voz dulce:

—¿Nos amaremos siempre?

Una voz próxima—el quejido de una caña doblada por el viento que sopla fuera—responde tiernamente:

—¡Siempre!

Pero como el esposo no despierta, la condesa se anima, le requiebra amedrentada como una amante en su primera cita, le tacha de perezoso, le recuerda los goces de otros tiempos encendida por nuevos deseos. Por fin parece que él se anima al influjo de aquellas caricias de mujer enamorada, al impulso de aquella dulce opresión entre sus brazos temblorosos, al calor de aquellos apasionados besos que ella va dejando, acá y allá, por todo su cuerpo. Elena siente extraños calofríos, desfallece en el delirio de una embriaguez de los sentidos, en el desvarío de un enajenamiento del corazón.

Y ambos, terminada la batalla de amor, se duermen arrullados por el lejano murmullo de los céfiros.

***

Recientemente la condesa Elena cayó enferma.

Estaba pálida, muy delgada, y su mirada tenía una fijeza inquietante.

Hubo consulta de tres médicos. Los doctores no vacilaron en afirmar que el hombre de cera, el maniquí ya descubierto, era un peligro permanente para la vida de la joven y hermosa viuda.

—Suprimamos el maniquí—dijo uno de ellos.

—No—repuso otro—, la condesa es una niña... La mataríamos más pronto quitándole su juguete... Sufriría demasiado...

—Y sufrir no es vivir—concluyó el tercero—. Por otra parte, el hombre de cera está deteriorado... La condesa no le renovará...

***

Elena, un tanto restablecida, ha encargado misas por el descanso del alma de su marido, y... un maniquí completamente nuevo, hecho á imagen y semejanza del difunto...

C.

LA RECETA

En el precioso gabinete de color de rosa y malva, donde tenue luz penetra á través de entornadas persianas, la gentil vizcondesa de Belvélise, un poco pálida, con aires del que se siente morir, estaba reclinada entre hermosas pieles, en una *chaise longue*, donde sus desnudos pies, de rosados dedos, salían á medias de las pantuflas de peluche; el médico de moda, galante mancebo con modos de extranjero, tomábale el pulso, por entre los encajes y blondas, de la mano.

—La cosa es grave, ¿no es verdad doctor?—dice ella con un bonito estremecimiento que imita bien la fiebre.

—Gravísima, contesta él.



—*¿También usted viene al baile, doctor?*

—*Sí, señorita; vengo á estudiar anatomía.*

—Enfermedad originada por la languidez, ¿no es cierto?

—Precisamente.

—¿Y cual es la causa?

—Creo, bella señora, que son dos.

—¿Dos? ¡Me asustáis doctor! ¿Cuáles son? Dígalas de prisa.

Sonrióse el médico y pareció meditar.

—¿Estas causas, señor?

—Os las voy á decir—respondió al fin bajando la voz—. Vuestros veinte años y los sesenta de vuestro marido.

—¡Oh, doctor!

Con toda la expresión de la niña más candorosa del mundo, púsose en extremo

colorada la hermosa aristócrata. El elegante doctor continuó:

—¿Habéis observado, vizcondesa, como se vuelven tristes, pálidas y marchitas esas encantadoras flores que hoy adornan vuestros jarrones, cuando no reciben las blandas caricias del aura y las gotas de bienhechora lluvia no humedecen sus hojas? Pues las mujeres se parecen mucho á las flores, y los médicos, en tal caso piensan como los poetas.

—¡Oh, doctor, doctor! —repetía la vizcondesa cada vez más ruborizada.

Hubo un momento de silencio.



—¿Diga usted, capitán: si un iceberg *nos ataca por la popa, hay pèligro de naufragio?*

—No; por la popa es inofensivo.

—¿Y... el remedio? preguntó ella.

—Las flores, señora, reverdecen con algunas gotas de fresco rocío.

Esta vez el rubor de la joven subió al punto de amapola, y en medio de la confusión en que se hallaba volvióse hacia la pared, envolviendo su adorables facciones en las deshechas trenzas de sus cabellos.

El médico pensó que no era de buen gusto prolongar la visita; saludó cortésmente y dirigióse á la puerta.

—¡Doctor! —murmuró ella.

Este se detuvo.

—¿Estáis bien cierto de que no hay otro remedio para mis males?

—Ciertísimo.

La vizcondesa suspiró. El doctor se marchaba.

—Pues bien, en ese caso—dice con voz aún más débil—, ¿por qué se va y me abandona?

CATULLE MENDES.

FIEBRES

—¡Y dices que la quieres y no lloras
al saber que se casa con un necio!
—Pues por eso no lloro, porque ahora
impunemente disfrutarla puedo.

—

Hoy en mis brazos, Inés querida,
mañana en brazos de otro rendida...
¡Ruede la bola!
Y así te pasas, Inés, la vida,
de playa en playa, como la ola.

—

¡Amor! ¿Quién crée en el amor?
Al principio mucho ardor
y después viene el hastío,
como detrás del calor
viene el frío.

—

Me separé de ti, tras larga lucha,
con la cabeza hirviendo;
hallé en la calle una mujer, seguila,
y satisfice mi sensual deseo.
Después, al verme solo,
recordé con vergüenza aquel arranque:
¡pedirte de rodillas,
lo que se vende á voces por la calle!

FRAY CANDIL.

EL PERDÓN

«Si te ha absuelto el confesor
de *aquello*, del Cabañal,
ó tú te confiesas mal...
ó él te confiesa peor.»
Así dijo Campoamor
y, á fe, con razón sobrada;
porque tú, bella Librada,
de tal modo te portaste
allí, que nada hay que baste
á que seas perdonada.

Las lindas páginas que siguen son encuadernables, y el lector, si quiere, podrá destacarlas, reuniendo todas las que se irán publicando para formar una colección magnífica.

EL CUARTO DE FANTINA

A decir verdad, era muy merecida la fama de la hermosura de Fantina. Lejos de encontrarla exagerada, á Pedro le pareció muy superior á lo que se había figurado. Ocupó su localidad y allí se quedó extasiado, sin reparar en que el salón se vació y llenó cuatro veces más, antes de que pensara en marcharse.

Alta, hasta parecer gigante, merced al alto sitial en que estaba colocada, «la incomparable Fantina»—según decía el anuncio— temía, á los ojos de Pedro, el aspecto de una diosa: le parecía, naturalmente, que no tenía afeites, añadidos ni postizos de ninguna clase. La cabeza admirable, de un perfil purísimo, el cutis suave, los ojos grandes, aterciopelados, y los labios purpúreos, muy finos, le atraían con irresistible fuerza. Cuando Fantina se levantó, negligente, como una culebra que despliega sus anillos, el entusiasmo de Pedro no tuvo límites, y un tanto pálido, extasiado, sin hacer el menor movimiento la vió bailar el «paso de los chales». Cuando, terminada la danza, volvió á su asiento, estuvo á punto de enredarse á palos con un espectador por haberse permitido decir que Fantina se parecía á su padre, y que era tan oriental como él turco.

¡Que Fantina no era oriental!... Si reunía todos los encantos de las orientales... desde los ojos de gacela, hasta la torpeza de los tobillos, que no pueden con el cuerpo y se tuercen á cada paso...

Pedro salió preocupado del Kursaal. Pensaba en la hermosa más de lo que hubiera deseado.

Tomó un coche que le llevó al Círculo, donde podía hablar de Fantina y adquirir informes ciertos; uno de sus amigos estuvo prendado de ella y le enteraría respecto al precio; los datos que éste le dió eran desconsoladores; Fantina no había querido escucharle.

—Le habrá ofrecido el dinero brutalmente; no ha tenido tacto, se dijo Pedro; y al día siguiente fué el primero que entró en la sala y se pasó allí toda la noche, ocupando su puesto en cada sesión, con grande extrañeza de Fantina, que se fijó en seguida en aquel buen mozo, inmóvil en la primera fila, fascinado por su belleza. Y, no es que no estuviera acostumbrada á fascinar, pero no hasta ese punto.

Las noches sucesivas, sin perder una, volvió Pedro á ocupar su asiento; le conocían los concurrentes habituales, á los que él miraba con malos ojos, temeroso de que alguno hubiese obtenido lo que tanto codiciaba. Casi todos los días la escribía cartas, que su padre le devolvía sin abrir, con una sonrisita sardónica y, á la vez, compasiva.

La única alegría de Pedro era ver á Fantina pasar á su cuarto. Después de terminado el concierto, la seguía cautelosamente y acechaba la gran silueta blanca que subía la escalera con un movimiento de caderas cadencioso y rítmico, y desaparecía por la angosta puertecilla, en medio del murmullo producido por el crujir de la seda y el alegre sonido de cequíes y conchas de oro al chocar entre sí. Pedro salía á la calle y fijaba la vista en las ventanas tenuamente iluminadas, abismado, pensando en las maravillas que ocultaban...



—¡Caramba! ¡Y yo que venía á pedirle á usted la mano!

¡Qué raro debía ser el cuarto de la hermosa Fantina!... Así como en un *yate* los departamentos son más lujosos que en otros buques, el *camerino* de la tunecina sería por demás suntuoso y extraño. Y, cerrando los ojos, veía las paredes cubiertas con telas de Oriente, plegadas caprichosamente; en el suelo, pieles de tigre; en un rincón, una hamaca de seda con cojines recamados de bordados inmitables; en otro, una hermosa pila de cristal á guisa de estanque para las abluciones, y alrededor, los pájaros favoritos de la hermosa y un mono no más grande que el puño. Por todas partes flores de *Loto gigante*, alfombras persas y escabeles de limonero ó de sándalo taraceados con nácar y cobre cincelado. Ilumina tan hermoso cuadro, una lámpara moruna donde arde, sumergida en un aceite aromático, una mecha tornasolada...

—En verdad, pensaba Pedro, estas hijas de Oriente tiene refinamientos que desconocen las europeas. Todas las noches, al acostarse, deben perfumar sus negros cabellos y los pies sonrosados, y dormirse chupando bombones aromáticos. ¡Estoy seguro de que el cutis sedoso de Fantina se rozaría con las camisas de *foulard* ó de *surah*, que son el encanto de las muchachas de Occidente y que apenas puede aguantar la muselina de ananá!...

Y, con la cabeza hecha un volcán y tam-



—No me gustan los banqueros.
—¿Por qué?
—Porque juegan mucho á la Bolsa, y no saben hablar de otra cosa mas que del alza y del baja.

baleándole las piernas, se retiraba frenético á su casa.

Una mañana, asediado más que nunca por aquella visión, se decidió á hablar de una vez. El contrato iba á terminar, y no era cosa de dejar que Fantina se marchase sin saber si era ó no invulnerable, como decían.

Se decidió á ir al Kursaal á la hora del ensayo. Aun no había llegado ninguna artista. Entreabrió la puerta, cruzó el pasillo; subió la escalera y se encontró frente al cuarto de Fantina. ¡Oh, dicha!... la puerta estaba abierta de par en par.

De pie, en medio de la pieza, el padre de Fantina arreglaba el cuarto. En el fondo, un sofá infame, cubierto con un trozo de lustrina encarnada y punto de cadeneta, de algodón blanco. En las sillas, medias de blancura dudosa y chancletas sin talones. Sobre un baúl, el traje bordado con oro, preparado para la noche; á su lado, un corsé de cutí gris, sucio y roto, y una camisa muy recia de madapolán. En las paredes, el papel amarillento con estampas de revistas ilustradas, un espejo de marco dorado y el retrato de un mocetón con melenas y unos bigotazos tremendos. Colgada del techo, una canastilla de barro encarnado, y, pendiente de ella, una hiedra marchita. Desparramados por todas partes, rodajas de embutidos, trozos de periódicos, perros chicos, horquillas, un tarro de *coldcream* rancio, una trenza postiza, un peine mellado, líos de ropa sucia, cuyo olor acre penetraba hasta la garganta, y, por fin, una capa de polvo de tres dedos de espesor.

Al divisar á Pedro, á quien conocía de sobra, el hombre gritó:

—Al punto soy con usted caballero... en cuanto arregle el cuarto de Fantina... que no ha tenido más remedio que ir á bañarse...

El desdichado Pedro echó á correr y todavía no ha parado.

C. E.

ÍNTIMAS

Ríe. En el hermoso hoyuelo
un beso quiero enterrar,
luego ponte seria, y nadie,
nadie lo conocerá.

—

Mis labios en tus labios...,
mis manos en tu seno...,
¡y un canto sin palabras
con música de besos!...

—

¿Por qué es menor el placer
que el deseo, en el amor?
Porque el fruto no ha de ser
tan bello como la flor.

—

La cosa más sublime,
el cuadro más hermoso
que he visto en este mundo,
ni puedo ver en otro,
fué el techo de tu alcoba
reflejado en el fondo de tus ojos.

BARTRINA.

SE NECESITAN DONCELLAS

EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE SIETE MUJERES

(Extracto de lo publicado en los números anteriores.—Siete mujeres, víctimas de un naufragio, se salvan en una isla desierta. Establecen una colonia, pero la falta de varones las vuelve locas, desesperadas, y se inicia entre ellas una verdadera revolución. El descontento amenaza con derribar á la presidenta de la colonia, y ésta decide reunir á todas sus compañeras...)

eso es precisamente de lo que vamos á tratar. Al naufragar el *Pelícano*, en esta isla desierta creíamos todas que no permaneceríamos en ella más de una semana, y, por desgracia, la ausencia de buques por estas aguas ha hecho que hayan transcurrido dos años sin que hayamos tenido noticia alguna del Continente.

—Por esa misma razón hemos tenido necesidad de suplir con un medio cualquiera las cosas de que carecíamos.

—Me consta que Fanny es una de las más ardientes intrigantes de la isla, y que á ella se debe esa malditísima costumbre.

—¿Y por quién la consta? Porque eso es tan difícil...

—Ketty misma, á la que ha propuesto usted cosas intolerables en más de una ocasión, me ha puesto al corriente de todo.

—Aunque así fuera, ¿qué tiene de censurable?

—Tiene, y mucho; porque no es esa, en verdad, la misión de la mujer en el mundo.

—En el mundo no; pero cuando se está como nosotras, en una isla en donde no existe alma viviente...

—Aun cuando eso pudiera ser muy bien una circunstancia atenuante, desde hoy prohibo expresamente que tal suceda, y tomaré para evitarlo las más enérgicas resoluciones; para eso solamente os he convocado, ya sabéis, pues, que en lo sucesivo, la que obre así, será severamente castigada.

Cuando la soberana se hallaba en lo mejor de su arenga, fué interrumpida por un grito de alegría, que lanzó, sin poderse contener, una de las concurrentes.

—¡Una vela! ¡una vela!—dijo.

—No era mal medio si las hubiera en la isla—replicó la soberana—, pero no interrumpirme.

—Si quiero decir que hay un buque á la vista.

Un rayo que hubiera caído en la explanada, no hubiera producido tan súbito efecto en las siete mujeres, que, instantáneamente y como impulsadas por un resorte, echaron á correr á la playa, mirando al llegar á ella ansiosamente al mar.

En efecto; á muy poca distancia de la isla y al parecer en demanda del puerto, avanzaba lentamente á media máquina un gallardo buque, que ostentaba en lo alto de sus palos el pabellón de la media luna, indicador de su procedencia musulmana.

Las mujeres que habitaban aquélla, y que por primera vez desde hacía dos años veían acercarse un buque, celebraron el acontecimiento con delirantes transportes de alegría.

. . . . . .

Media hora después el buque echaba el ancla á muy pocas brazas de la isla, arriando un bote, en el que saltaron dos marineros, cubierta la cabeza con el típico gorro turco, y que, empuñando los remos, se dirigieron hacia la playa, en la que encallaron breves minutos más tarde.

IV

Inútil será decir como fueron recibidos; mucho más si se tiene en cuenta que, como ya hemos dicho, hacía dos años que no veían en ella un par de pantalones.

Y como á esta circunstancia reunían los tripulantes de la corbeta, su condición de ser turcos y de vestir el traje típico de este país, se tendrá una idea de cuales serían los transportes de júbilo de las mujeres, que veían cesar como por encanto la alimentación vegetal, la que, pensando lógicamente, habían de poder sustituirse con la carne de á bordo, pues es sabido que en los buques hay siempre provisiones de todo género.

Del mismo modo debieron suponer, que también traían peines, por lo que apena pusieron los marinos el pie en tierra, hallaron á las habitantes de la isla, incluso la reina,

(Continuará.)

Chismes y Cuentos

Un individuo interpela á un vecino suyo que vapulea diariamente á su mujer:

—Pero, hombre, ¿no le da á usted vergüenza de tratar así á su esposa, á un sér débil?...

—Yo le diré á usted: para mí, la mujer es siempre respetable; pero yo á quien sacudo es á la hija de mi suegra.

* * *

—¿Está el señor conde?

—No lo sé; pero voy á mirarlo.

—Dígale que es Juan Vargas que desea saludarle.

.....

—Su señoría no recibe.

—Mejor, así se ahorra de que le den.

* * *

Ha ofrecido el empresario
á la corista Recartes,
que antes de catorce días
trabajará con las partes.

* * *

En el baile de la condesa de B se presentaban la duquesa viuda de N y su hermosa hija Elena. El exagerado descote de la duquesa ofrece la exhibición del desierto de Sahara, mientras la cotilla de Elena palpita en la prisión del pecho de la Venus de Médicis.

—Ahí está la noble casa de N—exclama un burlón—. La hija muestra la belleza patricia y la madre enseña los pergaminos.

* * *

El esposo.—¡Pobre mujercita mía! ¡Qué pena me causa verte tan aburrida! ¿Qué haría yo para distraerte?

La esposa.—Irte.

* * *

Entre ama y criada:

—Micaela, ¿ha venido alguien durante mi ausencia?

—Sí, señora...; Gutiérrez...

—¿Gutiérrez?... No conozco á nadie de ese apellido.

—Ya lo sé, señora. Pero no ha venido por usted, sino por mí.

* * *

Un escritor de esta edad
que fué un pedazo de atún,
decía con gravedad:
—Yo escribo para el común...
y era la pura verdad.

Pensamientos sobre la mujer.

Solamente la mujer fué creada de una esencia divina y adornada con un poder mágico.

* * *

La inocencia de Eva fué la presa de Satanás.

* * *

La mujer es un sér indefinible, porque es un sér ineducado. Su natural ternura produce la inconstancia; su natural debilidad produce el orgullo; la primera es su arma ofensiva; la segunda es su arma defensiva; mientras la educación no le enseñe á servirse convenientemente de estas armas, la infeliz mujer se expone todos los días á suicidarse con ellas.

El mundo no sabe todavía lo que es la mujer, porque la sociedad le cierra la boca desde que nace hasta que muere.

SEVERO CATALINA.

Á los corresponsales y coleccionistas.

Agotados por dos veces los ejemplares del **número primero de MUNDO GALANTE,** *se está haciendo otra tirada para satisfacer los pedidos de corresponsales y coleccionistas. Dentro de pocos días se pondrá á la venta dicho primer número, y rogamos á los que deseen ejemplares se sirvan hacer los pedidos con toda urgencia.*

NUESTROS CONCURSOS ARTÍSTICOS

Nombres de los lectores premiados.

Nuestro primer concurso del mes de Mayo ha sido un gran éxito. Hemos recibido más de 42.000 cupones, que necesitaron laboriosa clasificación, pues la diversidad de gustos se manifestó de tal modo en los votantes, que no quedó por elegir ni uno sólo de los 32 grabados que se publicaron representando cuadros, retratos ó composiciones fotográficas.

No se enojen nuestras hermosas artistas; todas, absolutamente todas, han obtenido el voto de los lectores, ó mejor dicho, en este caso, de los admiradores de la Belleza y del Arte. En la imposibilidad de trasladar aquí las incidencias del escrutinio, diremos que han obtenido más de 1.000 votos las siguientes reproducciones:

	Votos.
«La Venus del espejo» (Velázquez.)	2.074
«Meditación» (Composición fotográfica.)	1.997
«La Maja desnuda» (Goya.)	1.834
La bella «Montalbito» (Retrato.)	1.818
Pastora Imperio (Retrato.)	1.693
Reposo (Composición fotográfica.)	1.521
«La Zarina» (Retrato.)	1.505
«Venus y la música» (Tiziano.)	1.476
Esperando (Composición fotográfica.)	1.328
«Mañana de Septiembre» (Cuadro de Chava.)	1.154
«Ninfa sorprendida» (Cuadro de Lesmalte.)	1.008

El grabado que ha obtenido mayoría de votos ha sido el retrato de la hermosa artista ADELA MARGOT. Por ella votaron 5.241 lectores.

Aparece en segundo lugar el cuadro de Zier, intitulado «La siesta», con 3.229 votantes.

Le sigue en votación el cuadro de Romero de Torres, «Musa gitana», con 2.913 votantes.

Por último, el cuarto término en la mayoría de votos, corresponde á la composición fotográfica «Esclava», con 2.391 votantes.

Verificado el sorteo de cupones, por el orden correspondiente, han sido agraciados con los cuatro premios los señores que siguen:

Primer premio.—(«La Venus del espejo», magnífico heliograbado.) Resultó agraciado entre los 5.241 votantes de *Adela Margot*, D. RAFAEL GÓMEZ DÍAZ, RESIDENTE EN HUELVA, EN LA CALLE DEL CARMEN, NÚMERO 3.

Segundo premio.—(«Venus, el amor y la música», magnífico heliograbado.) Le tocó en suerte á D. AVELINO CASTRO, QUE RESIDE EN VIGO, CALLE LÓPEZ DE NEIRA, NÚMERO 17.

Premio tercero.—(«Primavera», magnífico heliograbado.) Correspondió á D. RAMIRO CERDÁ, DE ALCIRA (VALENCIA), CALLE DE SANTA LUCÍA, NÚMERO 17.

Cuarto premio.—(«Estío», magnífico heliograbado.) Ha sido agraciado D. SEBASTIÁN ALONSO FERRER, DEL REAL CLUB DE REGATAS DE ALICANTE.

Los señores agraciados pueden reclamar á esta Administración (Pizarro, 12), y hecha la debida comprobación con los cupones, se les enviarán inmediatamente los premios.

Véase en el número próximo los espléndidos regalos del mes de Junio.